

XLV.

La vida nueva.

Habia dado la hora de clase y nuestros dos amigos se dirigieron á la Academia.

Cuando Mauricio saludó temblando y con mayor amabilidad de la que acostumbraba á María, que se hallaba ya en su puesto, se quedó contemplándola un rato y murmuró:

—¡Qué bella es!

La pobre niña no apartaba los ojos del artista mientras este preparaba su lienzo y sus pinceles, y varias veces que Mauricio volvió hácia ella la vista, la sorprendió *infraganti* delito de contemplacion.

El pintor se sonreía y ella le devolvía su sonrisa de una manera inefable.

María estaba alegre sin saber por qué.

Hay algo en los corazones de los que aman que es como un termómetro de la felicidad; si á la niña le hubieran preguntado por qué se hallaba contenta no habria sabido qué contestar.

—Parece que hoy sí se va á trabajar, Mauricio—dijo con una voz dulcísima.

—¿Qué dices?—preguntó Mauricio, que por primera vez de su vida notaba lo armonioso y argentino de aquella voz que tanto habia oído sin que le hubiera llamado hasta entónces la atencion, y que queria oir de nuevo.

—Que hoy parece que tiene usted ganas de trabajar.

—Ya lo creo.

—¿Cómo me pondré?

—Inclina un poco el cuerpo hácia la derecha; la cabeza alta, mírame.

La niña obedeció las órdenes de Mauricio, que se puso á trabajar con afan.

Cuando concluyó la sesión, el artista tendió la mano á María y estrechó cariñosamente la que la niña le alargaba.

Los días pasaban de aquel modo con rapidez asombrosa.

El recuerdo de Luisa moria poco á poco en el corazon de Mauricio.

A medida que se alejaba del alma del artista la imágen de la hija de don Jorge, la de María se presentaba distinta, como sucede con esas vistas disolventes que comienzan por opacarse, se confunden despues con la que vá á sustituirlas y se desvanecen al fin completamente dejando el puesto á la que el capricho del maquinista quiere presentar á la vista de los espectadores.

El amor es un titiritero muy hábil. Despues de sustituida una imágen á otra en el corazon que le sirve de lienzo, la primera no deja de sí las menores huellas.

Mauricio se mejoraba visiblemente en moral y en físico.

Como todos los que tienen un corazon ardiente y apasionado, se habia puesto á amar á María con todas las fuerzas de su alma. La desgraciada suerte de la niña era un nuevo combustible que atizaba la hoguera que tenia dentro del pecho.

MAURICIO.—17.

Trabajaba, y trabajaba con ahinco, ya no por su amor al arte, sino por su amor á María. Soñaba en hacer de su pincel un medio para sostener y dar comodidades á la que amaba é iba á elegir para esposa. Sus cuadros, llenos de mérito, se eternizaban en las paredes de la Academia ó de la casa de don Márcos sin que hubiera quien se presentara á comprarlos.

Entretanto, María se complacia al notar el cambio repentino de Mauricio, y comprendía que habia entrado en completa posesion del alma del artista. Sin embargo, pensar que Ramon habia dicho algo á su amigo y que las atenciones de Mauricio y las manifestaciones de cariño que le hacia, podian ser dictadas por un sentimiento de conmiseracion y no por un amor semejante al que ella sentia por el pintor, la atormentaba despiadadamente.

Veia llegar el momento en que Mauricio le hablaria de su amor; y su orgullo de mujer, y de mujer pobre, se rebelaba ante la idea de que el pintor no iba á buscar, al dar ese paso, la felicidad que se sueña en el amor de una mujer querida, sino la satisfaccion que procura el ejercer una buena obra.

El amor y la caridad, los dos sentimientos mas sublimes de que es susceptible el alma humana, y que deberian confundirse siempre, se excluyen en ciertas ocasiones.

Así pasaron algunos dias. María gozando al sentir las miradas de Mauricio fijas en sus ojos, y deseando y temiendo á un mismo tiempo que llegase el momento de una explicacion. Mauricio, amando cada vez mas á su modelo y no atreviéndose á decirle "te amo," y ahogando en su garganta esas dos palabras tan dulces, cada vez que de su pecho querian brotar á sus labios.

Pero aquello no podia durar así. La atmósfera de amor y de gloria en que el artista vivía y se embriagaba se hacia cada vez mas densa, y si no queria asfixiarse en ella, era preciso que buscara algun desahogo, que lanzara al fin ese grito supremo

de los enamorados que habia de permitirle respirar mas libremente y habia de ser como el mensajero que fuera á buscar en el corazon de María la confirmacion de la dicha á que aspiraba Mauricio.

Si en aquellos momentos hubiera habido algun imprudente que hablara á Mauricio de Luisa, el artista se habria encogido de hombros sin saber de quien se trataba.

Muy poco tiempo y el amor de María habian bastado al jóven pintor para olvidar completamente á la mujer que por un momento creyó seria el único pensamiento que acariciara durante su vida entera.

Un dia, las miradas de la jóven modelo habian sido mas ardientes que nunca, el corazon de Mauricio estaba mas abierto al sentimiento dulcísimo que le ocupaba, ¿quien sabe? habia llegado acaso el momento fijado de antemano por el destino para que nuestro héroe se arrojase con los ojos cerrados en el abismo que el amor le presentaba delante, y su corazon estaba colmado; se habria dicho que era un reloj de arena misterioso que al rebosar marcaba una hora fatal en la vida de nuestro héroe.

Mauricio parecia muy ocupado en su cuadro. Su pincel era movido con febril agitacion; sin embargo, nada pintaba; era evidente, á juzgar por la actitud del artista, que algo grave le preocupaba. Por fin, despues de un rato de aquella situacion difícil para él, en que luchaban en su alma su timidez natural y su nuevo y grande amor, despues de un rato en que su rostro pasó por todos los colores de la encarnacion, desde la lividez de un cadáver hasta el rojo encendido de un semblante iluminado por la luz de una hoguera, el artista levantó la cara, fijó sus ojos de una manera inefable en los de María, y dijo con voz trémula y dulcísima:

—¡Qué bella eres!

María se estremeció. Comprendió que habia llegado el instante que temia y deseaba á un mismo tiempo. Quiso disimu-

lar su emocion y con un acento que queria parecer burlon y ligero, pero que tenia mucho de solemne, contestó al jóven sonriendo de una manera forzada:

—Hasta ahora lo conoce usted, Mauricio?

—¡Perdon, Maria!—contestó con fuego el pintor—no hay cosa mas bella ni magnífica que la luz, el dia, el aire que respiramos, y acostumbrados á encontrar tanta belleza ante nosotros desde que nacimos, gozamos de ella sin admirarla, como de una cosa comun y sencilla. Viéndote todos los dias, teniéndote cerca de mí, pudiendo contemplarte á mi sabor, me habia acostumbrado á tu hermosura, y como la de la naturaleza, no me impresionaba cual debiera. Sin embargo, cuánto mas bella debes ser que todo lo que hay de bello en el mundo, cuando al fin mi corazon proclama con voz poderosa tu belleza, y de la admiracion muda en que se habia concentrado pasa al entusiasmo que se revela con formas exteriores, y deja libre curso á su adoracion, á su idolatría por tí!.....

—Usted se chancea, Mauricio—dijo la pobre niña trémula y con el rostro encendido de rubor.

—¿Chancearme, María! ¿No has comprendido ya que te amo?

María se habia levantado de su asiento, rápida como una exalacion, y puso su mano blanca y delicada en los lábios del pintor como para impedirle que pronunciara esas palabras; la última sílaba se confundió con el ruido del beso que imprimió el pintor en aquella mano de tez de terciopelo que el trabajo y la miseria no se habian atrevido á macerar.

XLVI.

Algo mas sobre el caracter de Mauricio.

Pocos meses despues del dia en que tuvo lugar la escena que acabamos de referir, Mauricio era esposo de María.

En vano don Márcos le habia hecho presente cuán difícil era la vida para un artista sin fortuna, cuyo genio, mas que como un recurso, le serviria de estorbo para atender á sus necesidades; en vano le manifestó los graves inconvenientes que para su felicidad conyugal opondria la falta de educacion y el carácter irascible de María, obra de la desgracia y de la miseria, pero obra terrible y profunda que duraria lo que la vida de la niña; el artista, que bajo una apariencia de timidez encerraba un carácter firme, dió las gracias á su protector por los buenos consejos que le daba y por las bondades de que le habia hecho objeto, le ofreció corresponder alguna vez esos favores